

## ACTUALIDAD Y VIGENCIA

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

Cuando me propusieron el tema de esta conferencia confieso que no me agradó nada. Actualidad y vigencia. ¿Qué se puede decir acerca de ello? ¿Tiene algún interés? ¿Y algo que ver con el título del Congreso: La sociedad a la deriva. Raíces de sus errores: Perspectivas incompletas, caminos equivocados, conceptos erróneos, incoherencias?

Como primera providencia acudí al Diccionario de la Real Academia.

Actualidad: Cosa presente. Cosa o suceso que atrae y ocupa la atención del común de las gentes en un momento dado. Acción del acto sobre la potencia.

La tercera acepción es un término filosófico que nada tiene que ver con nuestro tema. La primera —tiempo presente— tampoco distraerá nuestra atención, pues el presente, como dijo el poeta, en un punto es ido y acabado. Y algo tan efímero que a nada que lo observemos es ya pasado, la mera temporalidad de un instante inasible, vale más para meditaciones acerca de la brevedad de la vida, de cuán presto se va el placer, muy necesarias y demasiado olvidadas hoy, pero también fuera de aquello sobre lo que quisiera haceros pensar.

Quedémonos, pues, con la segunda acepción del Diccionario. Cosa o suceso que atrae y ocupa la atención del común de las gentes en un momento dado.

Con la palabra vigencia hay más dificultades. La Real Academia nos dice: Vigencia: calidad de vigente. Con lo que nos quedamos igual que estábamos y obligados a seguir indagando. Vigente: (Del latín *vigens*, -entis, p. a. de *vigere*, tener vigor) adj. Aplícase a las

leyes, ordenanzas, estilos y costumbres que están en vigor y observancia.

Y nada más. Pero no es poco si profundizamos en lo que nos dice el Diccionario. Leyes, ordenanzas, estilos y costumbres que están en vigor. ¿Por qué? Olvidémonos de la mera positividad jurídica que está matando al derecho, al verdadero derecho, al convertirlo en algo mudable y accidental. En la voluntad del legislador en un momento dado que hoy hace una ley y mañana la deroga para establecer una distinta y tal vez contraria. Pensemos, no en el *Boletín Oficial*, sino en el corazón de los hombres. Que lo tienen. Aunque no parezca importarle a nadie. Que sufre y que se rompe de dolor y de tristeza. Querido, inolvidable Gabriel de Armas que ya no pudiste aguantar la demolición de lo que amabas, que te ahogabas con el humo de Satanás que ha entrado en los templos por unas grietas que no son accidentales y fortuitas sino que se abrieron de propósito, por personas con nombre y apellido, que maldecirá la historia y, tal vez, aunque la misericordia divina es infinita, el mismo Dios. Estás ya, Gabriel, en una región sin humo y sin grietas. El sol radiante de tus amadas Canarias era pálido reflejo del que hoy te calienta y te ilumina. Lo que querían arrancarte y no lo consiguieron, aunque en ello se te fue el corazón, es hoy para ti actualidad y vigencia perpetua: el Amor, la Verdad, la Fidelidad. Ya estás con tus amigos. Con Tomás y con Ignacio. Con Teresa. Con Donoso. Con Arintero. Con Pildain. Y con Pedro. Con tu Pedro reencarnado y reencontrado en cada Papa. Bueno o malo. Santo o pecador. Quienes somos hombres de poca fe y tal vez tengamos un sentido menos providencial de la existencia que el que tu tenías, jamás olvidaremos cómo ante nuestras indignaciones y ante las indignidades, cantabas, gritabas el "Tu es Petrus" aunque, a veces, nos pareciese que te lloraba el alma. Con el "Tu es Petrus" habrás llegado a las puertas del cielo y a sus ecos se habrán abierto de par en par. Desde allí pide a Dios por nosotros. Pide a Dios por la Iglesia. Pide a Dios por España.

Y me he ido de la vigencia. O tal vez no. Y he permanecido en lo vigente aunque no en lo actual. Porque hoy no es actual Pedro —no atrae y ocupa la atención del común de las gentes—. Ni Tomás,

ni Ignacio, ni Teresa, ni Donoso, ni Arintero, ni Pildain. Ni Gabriel de Armas, salvo en el dolor de su familia y de sus amigos. Lo actual es, en cambio, el cantante de moda, el enésimo matrimonio de la actriz de cine —hoy se llama matrimonio a cualquier cosa—, el precio del petróleo o la apertura. Pero, ¿esa actualidad supone alguna vigencia? Alguien recordará, no ya veinte siglos después sino incluso dentro de veinte años, al futbolista del gol de la victoria del último domingo, a la actriz del último destape o al político de la última apertura? Estarán enterrados para siempre en ese cementerio de actualidades, en el que no caben esperanzas de resurrección, que son las hojas amarillecidas por los años de los periódicos que nadie abrirá, olvidados para siempre en los estantes de las hemerotecas.

Mientras que Pedro, Tomás, Ignacio, Teresa, Donoso, los místicos como el P. Arintero y los obispos como Pildain —no todos los obispos, naturalmente, sino sólo aquellos que han sabido serlo— seguirán suscitando entusiasmos como los de Gabriel, porque las ideas que les movieron y que les hicieron grandes estaban ancladas en la vigencia de los valores permanentes y no en la actualidad efímera que atrae y ocupa la atención del común de las gentes en un momento dado para ser sustituidas en el momento siguiente por otras atenciones y atracciones tan momentáneas a su vez como las anteriores.

Distintas, pues, vigencia y actualidad en el uso común del lenguaje. La primera tiene un fondo de permanencia, de importancia, de vigor —fuerza o actividad notable de las cosas animadas o inanimadas (seguimos con el Diccionario)—. La actualidad parece indicar la vana ilusión de ese común de las gentes que por ser común ha de ser mediocre, masivo, vulgar e inconstante.

Pero pensemos algo más en esta tensión vigencia-actualidad. ¿Es que lo que tiene vigor, lo que se impone por su propia fuerza, lo que tiene un valor intrínseco e independiente, por tanto, del instante en que se considere, no puede ser actual? Y, *sensu* contrario, ¿ha de ser actual solamente lo superficial, lo intrascendente, lo que sólo atrae o deleita a ese común inculto que es la masa de la humanidad?

Afirmar este principio sería caer en una interpretación elitista de la humanidad que no porque haya sido verdadera en demasiadas ocasiones es menos pesimista. Los ejemplos históricos que abonarían esta radical desconfianza en el género humano serían incontables. Desde el gnosticismo oriental al despotismo ilustrado podríamos espigar mil ejemplos que intentaron usufructuar las vigencias ofreciendo a las masas actualidades de pan y circo. ¿Y qué otra cosa es, en nuestros días, el aparato de los partidos comunistas que definen y establecen lo que el resto, es decir, la inmensa mayoría del pueblo, el común de las gentes, ha de acatar y aplaudir? No quiero decir con esto que los valores, o los pretendidos valores, que estos movimientos dicen encarnar tengan verdadera vigencia. Pero si que sus teorizantes y adeptos pretenden que la tienen.

En sus antípodas estaría la concepción democrática que tendría por vigente todo lo actual. Identifican actualidad y vigencia por anulación del 'vigor' de esta última —¡qué poco vigor suelen tener los demócratas!— y por sublimación de las producciones intelectuales del común de las gentes surgidas de ese *sancta sanctorum* de la estupidez política que es la urna electoral.

Si los hombres son naturalmente buenos —el pecado original ha dejado de existir para los demócratas aunque se nombren o apelliden cristianos—, si la ley es la expresión de la voluntad popular, lo que quieran los más, aunque no sea lo que quiera Dios, o lo que quiera la patria, o lo que quisieron los muertos de ayer, nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros amigos, los que nos han dado lo mucho o lo poco que tenemos y no como un bien fungible para consumir o dilapidar, sino para que a nuestra vez lo leguemos a nuestros hijos, a los que habitarán nuestra patria a nuestra muerte, que también tienen derechos, por lo menos los mismos que tenemos nosotros a algo que no hemos creado sino que heredamos, sin mérito alguno por nuestra parte, sólo por haber nacido. Democráticamente nada puede haber más vigente que lo que la masa quiere, pues eso ha de ser lo bueno y lo justo. Pero cualquiera que pensara algo, por poco que fuera, quedaría, una vez sentado ese principio, en un mar de perplejidades. Si el hombre es naturalmente bueno, si la voluntad de los más es la ley, y por tanto, lo justo, ¿cómo se ex-

plican las muestras de barbarie colectiva, la degradación social que la mayoría no rechaza al menos de un modo activo, el que esa voluntad popular diga hoy una cosa para luego afirmar la contraria, etc.? Hitler llegó al poder por los votos y el entusiasmo de esa masa por lo que, en pura lógica democrática, debería ser bueno. Y podríamos seguir con ejemplos de la historia para demostrar plenamente que en innumerables ocasiones la pretendida voluntad popular nada tenía que ver con la verdad, el bien y la justicia.

Estamos en el reino de la irreflexión y de la incoherencia. En el que los más evidentes fallos del principio democrático no hacen pensar a nadie que el error puede estar en el principio cuando las consecuencias son tan contrarias a las prometidas en plena euforia demagógica. Y nadie se atreve a ir al fondo de la cuestión y afirmar *coram populi* que en muchas ocasiones tienen razón los menos sobre más, que la verdad nada tiene que ver con el número de los que la profesan, que a la masa se la engaña y manipula, que bajo la apariencia democrática no gobierna el pueblo sino unas minorías más o menos ocultas, etc.

Lo que parece evidente, a nada que se medite sobre ello, es inalcanzable a la gran masa de los humanos que parece haber adoptado como lema de su existencia el 'lejos de nosotros la funesta manía de pensar'.

Si interpretaciones elitistas, totalitarias y dictatoriales inventan falsas vigencias, que por ser falsas no son más que actualidades destinadas a pasar, las democráticas acaban con las vigencias al convertirlas en un mero positivismo jurídico al modo de la ley de arrendamientos urbanos o la de enjuiciamiento civil. Que están vigentes en un momento dado por decisión del legislador y que pueden dejar de estarlo mañana, cuando se promulgue una nueva ley surgida del capricho del legislador de turno o de la mayoría democrática de aquel instante. El 'vigor' de estas vigencias no procede en modo alguno de su fuerza o actividad notable, de algo interno que se imponga de algún modo, sino de un poder extrínseco a las mismas que impone coactivamente una obediencia. Es la razón de la fuerza y no la fuerza de la razón. El poder y no la autoridad.

Y así, democráticamente, puede ser lícito o ilícito el divorcio,

el aborto, la eutanasia, el incesto, la droga o lo que queráis. Bastará solamente que la mayoría lo autorice. Y podrá ser lícito al día siguiente lo que era ilícito el anterior si la mayoría, manipulada y entontecida por los medios de propaganda, lo define solemnemente con su papeleta de voto. Como ha definido acerca de la existencia o inexistencia de Dios.

Las vigencias, pues, no pueden definirse por una élite o por una mayoría, pues no dependen del capricho de una o de otra. Hay que esudriñarlas en el corazón de los hombres y exigen una actuación de la inteligencia y no una mera percepción sensorial apta en cambio para percibir actualidades.

Los primeros principios del derecho natural, las lógicas conclusiones de los mismos, lo que Dios ha querido para regular nuestra convivencia y lo que después nos ha revelado más explícitamente son las vigencias permanentes aunque tal vez, para nuestra desdicha, puedan no tener actualidad.

Y cuando digo para nuestra desdicha no pienso sólo en una vida celestial que arriesgamos perder, sino también en la vida de este mundo que cada día convertimos en más inhumano e inhabitable.

Porque Dios no nos ha dado buenos preceptos e inclinaciones en un capricho divino como podía haberlos declarado malos sino que los ordenó precisamente porque eran conformes con la humana naturaleza o los condenó porque contrariaban a la misma. Por eso la postergación de lo vigente supone no sólo un pecado contra Dios, sino un daño que nos hacemos nosotros mismos en este mundo. Y que lo pagamos también aquí con el vacío moral, con la anarquía social, con el íntimo disgusto de nuestras conciencias, con el suicidio, el asco, la droga y la enfermedad.

De ahí que nuestra principal tarea en estos días de crisis y confusión sea devolver la actualidad a lo vigente. Hacer que todos esos valores necesarios para la vida familiar y para la convivencia social vuelvan a ser actuales, atraigan y ocupen la atención del común de las gentes, porque entonces no sólo cumplirán la voluntad de Dios sino que vivirán más felices en este mundo.

Y en este momento podemos plantearnos una dificultad. ¿Porqué lo vigente, lo que tiene un verdadero valor que debería impo-

nerse a la inteligencia y a la voluntad es suplantado hoy por su contrario? ¿Cómo Dios al grabar en la conciencia de los hombres la ley natural lo hizo tan levemente que muchas conciencias parecen no advertirlo? ¿Podemos seguir afirmando ante el espectáculo actual vigencias queridas por Dios?

La explicación de la Iglesia es clara. De un lado la existencia del pecado original, dogma de fe aunque numerosos teólogos piensen y declaren lo contrario sin que incomprensiblemente nadie les desautorice, que oscurece el entendimiento y debilita la voluntad. De otro, la libertad humana querida por el mismo Dios y que permite al hombre caído inclinarse por el bien o por el mal.

No he de detenerme en el desarrollo de estos puntos de fe sobradamente conocidos por todos vosotros, sino en una consecuencia de ellos que me parece hoy de la mayor importancia y que es la deformación intelectual contemporánea.

Como muy bien señalaba Gustave Thibon, en nuestros días la instrucción ha batido en todos los frentes a la cultura. El hombre instruido ha sustituido al cultivado. Uno y otro pueden confundirse en una primera impresión, pues ambos poseen una serie de conocimientos. Pero la instrucción no pasa de una mera acumulación de conocimientos, mientras que la cultura supone la asimilación a la propia vida de los mismos.

Un ejemplo: sería un hombre instruido aquel que en una conversación sobre música pudiera hablar de numerosos compositores, supiera la cronología de sus obras y sus características aunque no hubiese oído en su vida una sinfonía de Beethoven. Sería un hombre cultivado aquel otro que tal vez sabiendo menos que el primero disfrutara espiritualmente con la música y distinguiera a Mozart de Vivaldi, aunque ignorara la fecha exacta del nacimiento de ambos.

En la instrucción es esencial la memoria y bien podríamos decir que cualquier cerebro electrónico en el que se hayan archivado gran número de datos es más instruido que cualquier hombre. Podrá responder a mil respuestas: Instrucción. Pero nunca se planteará a sí mismo una pregunta: Cultura.

Por eso, de una máquina jamás podrá decirse que está cultivada. La cultura requiere una asimilación vital de los conocimientos. Una

influencia de los mismos en la propia vida que rebasa con mucho la simple instrucción.

Seguimos con Thibon: La instrucción como tal no tiene diferencias de nivel. Ante cualquier pregunta se sabe o no se sabe responder. La cultura, en cambio, es susceptible de una indefinida profundización. Por ejemplo: saber de memoria un verso de Racine es instrucción; meditarlo, encontrar en él cada vez nuevas resonancias interiores corresponde a la cultura. El hombre cultivado es el que establece entre los datos de la instrucción relaciones personales e inéditas. Por eso dijo Paul Valery que prefería ser leído siete veces por un hombre que una vez por siete hombres distintos.

La cultura se profundiza mientras que la instrucción sólo puede extenderse. Por eso podemos hablar de una profunda cultura y no de una instrucción profunda, sino de una instrucción extensa. La instrucción se refiere a la superficie del saber y la cultura a su interioridad. Y como la instrucción se refiere al número, a la cantidad de conocimientos, sucede con frecuencia que el 'equipaje' de un hombre instruido es, a la vez, demasiado pesado y demasiado ligero. Pesado de memoria y ligero de reflexión. Lleno de palabras y vacío de las realidades designadas por esas mismas palabras. La cultura es el antídoto contra esa enfermedad que se llama verborrea.

Thibon ha dado en el clavo de la crisis actual, que muy bien pudiéramos llamar la crisis de la reflexión. Y sin reflexión no hay vigencias. Pero tampoco hay hombre. Hoy toda la educación parece encaminada a la instrucción. Y la consecuencia es de pura lógica. Se instruye pero no se educa. Que es lo fácil.

Y así vemos a responsables de la agricultura que han estudiado en los libros no sé cuantas variedades de trigos y la salinidad de las aguas y todo lo que queráis, pero que no saben lo que es el campo ni el amor del hombre a su tierra, ni la vieja sabiduría que dan muchos años de mirar al sol y de ver crecer las cosechas. Cuánto podrían decir los campesinos, los verdaderos campesinos, de planes descabellados, de ruinosas importaciones de choque, de intentos de homogeneizar, por comodidad administrativa, lo que es radicalmente distinto, de dinero concedido cuando ya no hace falta... A expertos en urbanismo que hablan de módulos y de mínimos, pero

que nunca detuvieron su atención en lo que es una familia y en lo que una familia necesita para vivir como tal familia, como grupo humano y no estabulado como si se tratase de un conjunto de ganado ... A políticos, que hoy se llama político a cualquier cosa, que hablan de democracia, apertura, asociaciones o la última palabra de moda solamente por eso, porque está de moda y que ni saben lo que dicen ni les importa porque mañana están dispuestos a hablar de fascismo o de comunismo o de lo que sea.

Pero hay algo más que se logra con la instrucción, buscado no se si consciente o inconscientemente. El hombre instruido es un hombre que no crea problemas. El educado, si. El primero está preparado, por muchos años de recepción pasiva de conocimientos, a aceptar. Como aceptó los reyes godos. Y las batallas contra el Islam. Y contra el francés. Y contra el inglés. Nunca se planteó por qué fue un fracaso la monarquía electiva de los visigodos o por qué España luchó durante ocho siglos contra el Islam o durante cien años contra el protestantismo. Acepta todo y le es igual todo. Puede saber mucho pero nunca entenderá nada. Y acostumbrado a aceptar seguirá aceptando a lo largo de su vida. Sin preocuparse de si lo que recibe es oro de ley o mercancía averiada. Con lo que se convierte en el público ideal de la prensa y la televisión.

Ese ser incapaz de la más mínima crítica y del menor reparo, que se cree más inteligente que Tomás de Aquino porque sabe conducir un coche o encender la televisión, cosas que, naturalmente, Santo Tomás ignoraba y gracias a lo cual fue capaz de escribir la *Summa*, termina siendo el dócil adquirente del dentífrico que gasta más dinero en publicidad, aunque tal vez sea el peor de todos o del detergente que lava más blanco según nos dice cualquier indocumentado que aparece en la pantalla. Su credulidad ha llegado a ser tan infinita como su estupidez.

Es lo que ocurre generalmente con los comunistas a nivel de base. No se detienen a analizar no ya las quiebras internas de la filosofía marxista, sino ni siquiera las contradicciones prácticas. El aplastamiento de Hungría o Checoslovaquia pasó por ellos que se dicen, y tal vez se lo creen, defensores de la libertad como el rayo de sol por el cristal. Han depositado su confianza en el Partido y no

se preocupan de más. Hasta que cualquier día a lo mejor la pierden, por cualquier motivo menos la reflexión, y pasan entonces a ser fascistas o anarquistas o demócratas liberales con la misma irreflexión y la misma sumisión con que antes habían sido comunistas.

Ciertamente hay excepciones a cuanto aquí se viene diciendo, pero esto es lo general en el común de las gentes. Y esto no puede explicarse por la dialéctica marxista en la que el oportunismo político juega un papel esencial. El oportunismo puede servir para los ideólogos pero no para las masas que comulgan con las ruedas de molino de la propaganda del Partido. Que, por cierto, son los molinos más descomunales, a juzgar por el tamaño de las ruedas, de toda la historia de la humanidad.

Es el resultado lógico de lo que denunciaba Simone Weil: "Se cree ordinariamente que un aldeano de hoy, alumno de la escuela primaria, sabe más que Pitágoras porque repite dócilmente que la tierra gira alrededor del sol. Pero en realidad no mira ya las estrellas. Ese sol del que se le habla en clase no tiene para él ninguna relación con el que ve a través de la ventana de la escuela". Es, pues, la instrucción sin reflexión incapaz de producir cultura.

Por ello, continúa Simone Weil: "Lo que hoy se llama instruir a las masas es tomar esta cultura moderna elaborada en un medio tan cerrado, tan tarado, tan indiferente a la verdad, en suprimir todo lo que aún pueda tener de oro puro, operación que se llama vulgarización, y en embutir lo que resulta en la memoria de desgraciados que desean aprender. Igual que se da alpiste a los pájaros".

Este común de las gentes, tarados desde la escuela primaria, no puede sentirse atraído por lo que requiera reflexión y busca los sucedáneos de la actualidad: la boda de un torero, el partido de fútbol, la última película exaltada por la propaganda, lo que esa propaganda dice que es moderno, bueno o propio de los hombres inteligentes.

Y la degradación del nivel cultural de esa masa irreflexiva es cada vez mayor. La información televisiva, la de la prensa, el nivel de la enseñanza universitaria o de la misma escuela primaria, esa EGB cuyo mismo nombre tiene siniestras resonancias de la KGB soviética, propician la irreflexión en una espiral de siniestros pre-

sagios. Se produce una igualación en lo bajo que es natural cuando se busca el común denominador, aunque sea el máximo, de una multitud. Porque ese máximo común denominador resulta muy mínimo cuando se pretende un entendimiento general.

Y así como en un congreso científico de elevada especialización las ponencias resultan ininteligibles para el común de los mortales, los medios de comunicación social, por los mismos motivos, están pensados a un nivel tal que pueden ser asimilados por aquellos que de hombres —animales racionales— tienen poco más que el nombre y para eso muy mal puesto.

Hay una comprobación que está al alcance de todos: el pobre desgraciado cuyo nivel de inteligencia no llega a esos límites que marcan la normalidad pero que los ronda, no me refiero al deficiente profundo, incapaz de cualquier comprensión, es capaz de pasarse el día contemplando unas imágenes televisivas que nada dirán en cambio, en la inmensa mayoría de los programas, a una inteligencia superdotada.

Con todo ello se corre el riesgo de llegar a una atrofia de la inteligencia por no utilización. Prensa, radio, televisión, no plantean problemas a la inteligencia, sino que dan soluciones estereotipadas a todas las complejas cuestiones del mundo. Es el reino del tópico, del prejuicio y de la falsedad. Y de las ocultas intenciones que nunca serán advertidas por quienes ignoran incluso que el ser humano pueda tener intenciones.

Los ejemplos son infinitos:

Los habitantes de un país ultradesarrollado, con inmensas posibilidades de riqueza y con población regresiva por la caída de la tasa de natalidad, que piensan que al no tener hijos por su propio egoísmo están haciendo un servicio a la humanidad destinada a sucumbir, según ellos, por el exceso de población.

El ciudadano de un país occidental que, aun sabiendo que las empresas más deficitarias del país son las socializadas (con lo que está pagando de su bolsillo a través de los impuestos la mala gestión de esas empresas), y que además la situación del empleado de las mismas suele ser mucho peor que la del que trabaja en las que todavía no se socializaron, sostiene en sus conversaciones de café que

hasta que no pasen al Estado todas las empresas del país no se arreglará la economía ni la sociedad. ¡Qué idea tendrán de la una y de la otra!

El padre de familia que comenta con su mujer el percance que ha tenido la hija de aquellos amigos que, soltera y con dieciocho años, se encuentra esperando un niño, cosa que naturalmente reprobaban al mismo tiempo que censuran reales o hipotéticas deficiencias en la educación recibida por aquella chica, mientras que ellos envían a sus hijas a un colegio de religiosas en el que les dicen, generalmente un sacerdote, que las relaciones prematrimoniales no sólo no son malas sino que son muy recomendables.

Podríamos continuar con mil ejemplos cotidianos en esta sociedad a la deriva que, como dice el programa de esta XIV Reunión de amigos de la Ciudad Católica tiene las raíces de sus errores en una serie de perspectivas incompletas, caminos equivocados, conceptos erróneos e incoherencias. Es decir, en un abandono de la inteligencia o como decía nuestro ilustre y queridísimo Sciacca, en un oscurecimiento de la misma.

En vez de construir nuestras vidas con arreglo a una norma que aceptamos porque la reconocemos buena o, por lo menos, de hacérselas a nuestro antojo, estamos permitiendo que la imbecilidad de unos y las claras intenciones de otros nos marquen pautas de conducta e, incluso, modos de pensar. Sin saberlo y, lo que es peor, sin quererlo.

Nos están arrastrando a consecuencias que rechazamos y deploramos, pero tarde y mal. Porque de nada sirve llorar el efecto si nada hacemos por eliminar la causa que normalmente ha de producir el efecto que nos disgusta.

Cuántos casos conocemos de padres que sufren y se indignan por la desviación de sus hijos mayores pero que mantienen a los pequeños en el mismo camino y en el mismo colegio que llevó a los otros a la rebeldía, al vicio y tal vez a la cárcel.

Cuántos temen el retorno de situaciones políticas contra las que lucharon hace ya bastantes años, sufriendo en su carne el dolor de la pérdida de seres muy queridos y se indignan por ello —no diré que sin razón—, pero sin comprender que mucho de lo ocu-

rrido se debe al abandono por su parte de un campo que nunca debió quedar a merced del enemigo.

Cuántos lamentan la crisis de la Iglesia de hoy, se escandalizan por la proliferación de ataques al dogma y a la moral desde homilias, conferencias y publicaciones y, sin embargo, siguen dando su dinero en ese templo del que salen indignados cada domingo, limitando su protesta a una conversación con la mujer en la intimidad del hogar y generalmente cuando no están los hijos presentes y desamparan a cuantos intentan oponerse al escándalo y a la confusión.

Irreflexión también en nuestra conducta y de ahí la inutilidad de nuestros enfados y de nuestras protestas.

Pienso que los que hasta aquí hemos venido queremos anclar esta sociedad que se nos va al garete en un terreno firme que nos permita vivir y morir del único modo verdaderamente humano, que es cumpliendo la voluntad de Dios. Y para ello es preciso que descubramos las vigencias verdaderas de las instituciones. Pero eso sólo no basta. No basta con que nos convenzamos del porqué de la verdad del matrimonio, del pudor, del respeto a los demás, de la política basada en el bien común, del derecho de los padres a la educación de sus hijos ... De todas esas cosas que sentimos, que tienen vigencia para nosotros, pero que tal vez no sepamos explicar por qué. Todo esto es importante, pero no basta. Es preciso que lo vigente lo hagamos actual. Lo hagamos presente para ese común de los hombres que hoy están engañados por unos pseudovalores que los degradan, los pervienten y los deshumanizan.

Ahí está, a mi entender, la más urgente labor que se nos presenta. Descubrir a los hombres que es lo que realmente merece la pena; cuál es la roca que puede sostener los cimientos de la sociedad para que el edificio resulte habitable, sólido y hermoso.

Os engañaría si os dijera que la tarea es fácil. Un ejemplo ayudará tal vez a comprender la dificultad. Pensemos en un vendedor de bellísimas joyas realizadas con los materiales más nobles y por un extraordinario artista. Pensemos en otro que vende baratijas de pésimo gusto. La elección de la gente, dejando aparte el precio, no sería dudosa. Todos se inclinarían por el oro y despreciarían el latón. Pero la cuestión se complicaría si por una perversión del gusto

los posibles adquirentes encontraran más bella la baratija que la joya. Eso es, en cierto modo, lo que ocurre hoy. Y de ahí la dificultad de nuestra tarea.

Hoy se prefiere el divorcio a la fidelidad matrimonial; el aborto o la píldora a los hijos; la eutanasia o, lo que es casi igual, olvidar a los padres ancianos en un asilo —al que naturalmente se ha dado otro nombre, pues aún queda un rescoldo de mala conciencia que pretende apagarse con palabras: residencias para la tercera edad, casas de descanso (de descanso para unos hijos que se han canasado de sus padres) ...— se prefiere asilarlos, digo, a devolverles, cuando son ellos los que los necesitan, una mínima parte de los cuidados que cuando éramos niños nos dispensaron; se prefiere el sobresueldo del trabajo de la mujer —con lo que supone de guarderías infantiles, de niños sin caricias y sin amor— al hogar caliente y acogedor para los hijos y para el padre gracias a la presencia de la madre que convierte en cariño todo cuanto toca y que con sólo estar es la mejor escuela para la niñez; se prefiere el negocio ambiguo al trabajo honrado, la recomendación al mérito, la política como lucro personal y como satisfacción de vanidades a la política como sacrificio y servicio a los demás; se prefiere, por el sacerdote, la agitación política, la subversión y el matrimonio a la imitación de Cristo; y por el obispo la sociología y la reforma de estructuras al testimonio de la fe y al magisterio de la verdad.

En una palabra, parece que estamos asistiendo a un referéndum universal que reclama a gritos a Barrabás. Y nosotros sabemos que lo vigente, lo verdadero, lo que vale la pena es Jesús.

¿Cabe entonces algo que hacer ante ese clamor universal que parece pedir más droga, más pornografía, más violencia, más caos? Cabe todo. Y cabe ciertamente el optimismo. Porque las vigencias calientan el alma y alegran el corazón aun en los momentos más desesperados. Pensad en los mártires que iban cantando a la muerte. Cantando. Con una inmensa alegría que parece imposible comprender. Y cuando os digo que penséis en los mártires no me refiero tanto a los de los lejanos siglos, a los de las persecuciones romanas, sino a esos mártires de hoy, tan olvidados por quienes más obligados estaban a recordarlos y a venerarlos. Y tan olvidados también

por nosotros que puede ser que estemos pagando en todo lo que hoy lamentamos nuestro olvido y nuestro abandono.

Que lección nos dieron de amor a lo que tenía verdadera vigencia aquella pléyade de españoles, padres y madres de familia, jóvenes, ancianos, niños algunos, monjas, sacerdotes, obispos, que están reclamando por su heroísmo, por su virtud, por su santidad, una canonización que por lo que se tarda está denunciando algo demasiado triste y demasiado vergonzoso. Porque es verdaderamente inexplicable, o si es explicable, peor, que así como se veneran a los innumerables mártires de Zaragoza no podamos hacer todavía lo mismo con los que, moleste a quien moleste, son en toda justicia, y algún día lo serán oficialmente, los innumerables mártires de la España de 1936.

Y a su lado, con los mismos méritos, con el mismo olvido, los Mindszenty, Stepinac, todos los que desde Polonia al Vietnam han sido con Cristo abofeteados y escupidos, azotados y coronados de espinas, cargados con la cruz y crucificados, algunos en el más estricto sentido de la palabra sin otro motivo que el amor a Dios. Esa iglesia de los dos silencios, o del único silencio, porque el que los enemigos de Dios querían imponerle lo han roto con el grito desgarrador de su sangre y queda así solamente el silencio que es baldón para nosotros. El silencio de la ostpolitik y de los cristianos para el socialismo. El silencio de todos esos clérigos y seglares, verdaderos apóstatas, verdaderos traidores, que corren a abrazar a los verdugos pisando los cadáveres calientes y sagrados de sus hermanos en la fe.

Y también esos otros martirios incruentos, que pueden pasar inadvertidos a nuestros ojos que miran y no ven, pero que están a nuestro lado defendiendo lo vigente frente a lo actual. El martirio de esos obispos españoles puestos en la picota por la prensa, por hermanos en el episcopado, por sacerdotes y seglares porque se preocupan ante todo de la fe y la salvación de los fieles que tienen encomendados por Dios. El martirio de tantos beneméritos sacerdotes de la Iglesia española que cuando deberían recibir la corona del amor y del respeto que su edad y sus trabajos habían más que merecido son expulsados, abandonados e insultados por haberse abrazado a la vigencia de la oración, del celibato, de la fe. Los que les vimos en

Cuenca, abandonados de todos, o de casi todos, sentimos en cambio estremecedoramente la presencia en ellos de Dios. El martirio de los religiosos que quieren permanecer fieles a los votos y a las constituciones que profesaron —y me permitiréis que mencione especialmente, no por otra razón que la de haberme educado con ella, a la Compañía de Jesús, hoy perseguidos por sus mismos superiores en nombre de una actualidad que el mismo Santo Padre ha rechazado expresamente—. El martirio de los padres de familia a los que les han arrancado los hijos, en no pocas ocasiones personas que dicen estar consagradas a Dios; esos hijos que quisieron para el cielo, que criaron con amor y con sacrificio y que hoy, por la labor de unos verdaderos Judas, maldicen de Dios, de sus padres y de cuanto estos creen y quieren. El martirio de los jóvenes que vencen a costa de sangre física o moral las continuas incitaciones del erotismo ambiente, porque creen en el valor de la pureza, en el valor del matrimonio, en la vigencia de lo bueno, lo noble y lo permanente. En el martirio de tantos Gabrieles de Armas que ante la traición y la mentira mueren no de muerte natural sino víctimas de un verdadero asesinato moral.

Y yo en verdad os digo que toda esta sangre, todo este dolor no habrán pasado en vano. Han de ser, una vez más, semilla de cristianos. Y las vigencias a las que entregaron su vida habrán de imponerse a ese común de las gentes que en el fondo de su alma las está buscando y al no encontrarlas, se engañan con actualidades que lejos de satisfacerles les mantienen en el desasosiego y en la insatisfacción.

Esa ha de ser nuestra tarea. Mostrar a los demás esas vigencias para que conociéndolas las amen y amándolas las pongan en práctica. Y en ese trabajo hemos de poner redoblado afán, pues muchos de los que por deber de estado estaban obligados a hacer de sus vidas una permanente predicación de vigencias han preferido engañar a los demás y engañarse a sí mismos, con lo que creen actualidades y que cuando salen de sus labios están ya absolutamente envejecidas. Los frutos los tenéis ante la vista: la juventud que se aleja de la iglesia, los seminarios vacíos y el tan anunciado nuevo Pentecostés convertido en noche de Getsemaní.

Ante tantas deserciones hemos de suplir no sólo sus ausencias sino su propaganda a favor del enemigo. Esa propaganda suicida que hoy presenciarnos que mata las almas y que prepara a los cuerpos prisiones como las que padeció Mindszenty, como las que hoy atenazan a tantos millones de hermanos más allá del telón de acero. Porque el olvido de las vigencias no sólo aleja del cielo sino que convierte a la tierra en el inhumano campo de concentración de los archipiélagos Gulags.

Quiero concluir con un pasaje del Evangelio que propongo a vuestra meditación:

“Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino creado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Peregriné y me acogisteis. Estaba desnudo y me vestisteis. Enfermo y me visitasteis. Preso y vinisteis a verme. Y le respondieron los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores a Mí me lo hicisteis.

Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; fui peregrino y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Estonces ellos respondieron diciendo: Señor ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión y no te socorrimos? El les contestará diciendo: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos conmigo dejasteis de hacerlo.

E irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna”.

Palabra de Dios.

¿De qué tiene hoy hambre y sed nuestra España? ¿Qué busca peregrina y desconcertada? ¿De qué está enferma, desnuda y prisionera? De vigencias. Políticas, sociales y religiosas. Que todas son unas y las mismas. No diré que no hay quien tenga hambre de pan

y frío por falta de vestido. Pero hoy la sed y el hambre, el frío y la enfermedad son, sobre todo, del alma prisionera del materialismo, ahogada por el aire irrespirable del pecado y la desesperación.

Y me váis a permitir que, con temor y temblor, corrija las palabras divinas. Tan actuales, tan sobrecogedoras y también tan llenas de esperanza. Porque en España, hoy nadie podrá responder: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión? Porque para nuestra salvación o condenación eterna sabemos que lo que hiciéramos a esos pequeñuelos, a ese común de las gentes, se lo hacemos al mismo Dios. Y lo que a ellos les negáramos, a Dios se lo negamos. De ahí lo incomprensible de tantas conductas, seglares y eclesiásticas, refugiadas las primeras en el egoísmo y la comodidad sobre todo y las segundas empeñadas en sustituir el Pan de Vida y la Bebida de Salvación por aguas corrompidas y alimentos en mal estado. Que no se les hiele la sangre en las venas al oír la palabra de Cristo que les anuncia el fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles sólo puede entenderse porque ese diablo está actuando en ellos como un anticipo de la eterna condenación.

Pidamos a la misericordia divina que por nuestras obras y por su gracia escuchemos nosotros un día glorioso el venid benditos de mi Padre a tomar posesión del reino porque cuando el mundo tenía hambre de verdad no le dimos mentira, tenía sed de amor, no volvimos la espalda indiferentes, peregrinaba sin saber a donde, le mostramos el camino del cielo, sufría la intemperie de la desesperación, le alumbramos la luz de la esperanza, estaba enfermo de pecado, le llevamos la medicina de salvación; preso en su miseria, le liberamos no con esas seudoteologías de la liberación marxista sino con la verdadera teología que hace al hombre hermano de los demás, hijo de Dios y heredero del cielo.

En esa esperanza del reino vivieron nuestros mayores; que sea también vigencia para nosotros y que se la inculquemos a nuestros hijos y ellos a los suyos hasta la última generación de españoles para no ser traidores a Dios ni a España, a nuestros padres ni a nuestros hijos, para que podamos vivir con honor y dignidad en nuestra patria terrenal hasta que un día lleguemos a la que en el cielo tenemos preparada. Que así sea.